

# Reunión de Investigadores

El 2, 3 y 4 del presente se realizó en las Termas de Jahuel la reunión anual de la Sociedad de Biología de Chile, institución que abarca varias sociedades de Santiago, Concepción, Valdivia y Valparaíso, formadas por investigadores en numerosas disciplinas del área biológica.

Al igual que en la reunión del año pasado, llamó la atención el gran número de jóvenes que, desde todos los centros universitarios del país acudió a Jahuel. Muchos de ellos presentaron sus trabajos científicos realizados últimamente y algunos por primera vez, solicitando ser aceptados como miembros de la Sociedad.

No obstante, un análisis tranquilo nos hizo sentir objetivamente que la pena que tuvimos en la reunión anual de 1975 se había agravado. En aquella ocasión, durante un discurso oficial, dijimos:

“La Sociedad de Biología de Chile es actualmente —a pesar de sus 49 años de existencia— tan joven como lo fue cuando, de hecho, inició su actividad; pero hoy está formada por un conjunto juvenil mucho más numeroso de lo que jamás antes fuera.

Miro a todos ustedes y veo a los que no están, gran parte de la generación de 40 a 50 años. Los mayores de 60 importan menos. Ya nos están colocando en un altar con velitas a cada lado. Los investigadores más jóvenes, los actuales estudiantes, los del metro mañana sufrirán las consecuencias de la ausencia de los que hoy no están.

La expulsión de cerebros diestros en investigación ha lesionado, notoriamente a grupos universitarios que habían alcanzado niveles apropiados a nuestra evolución. Los que todavía están, realizan esfuerzos máximos para atenuar estos efectos perturbadores, pero hay un límite físico.

Por otra parte, nuestro futuro inmediato no viene de la mano con la tranquilidad, la seguridad y la libertad que requiere un ambiente propicio para la labor creativa”.

La pena se agravó, porque quizá ya hemos alcanzado el límite desde el cual no se podrá estabilizar el descenso

para iniciar un nuevo ascenso que alcancemos a ver.

Grupos de jóvenes se esfuerzan ejemplarmente para hacer ciencia en Chile, pero la falta de maestros les está obligando a repetir la etapa histórica iniciada aquí hace 50 años, y con un fuerte agravante: la intensidad del progreso de la ciencia ecuménica es de tal magnitud que el hiato que nos separa será más profundo y más extenso.

Al día siguiente de termina da la reunión, leo en “El Mercurio” que un personero de la Subsecretaría de Educación declara en Santa Cruz: “En cuanto a la política del Gobierno, es la de cambiar la distribución del Presupuesto Nacional de Educación”. Dijo que hasta hacia poco el 51 por ciento del Presupuesto Nacional de Educación se entregaba a las universidades para atender aproximadamente a 150 mil estudiantes. “El resto —agregó— estaba destinado a los demás estudiantes y al sueldo de los profesores que alcanza a dos millones 800 mil alumnos y 125 mil maestros. En cambio, en estos momentos, la distribución es de un 39 por ciento para las universidades y el 61 por ciento para el resto de la educación”.

Nos alegramos de saber, por ser justo y saludable, que el presupuesto para la enseñanza preuniversitaria fue aumentado; nos aflige oír que ello se hace a expensas de una disminución relativa del presupuesto universitario. No puedo, en estos momentos, dar datos estadísticos. Sin embargo, no dudo que, en todos los países, la mantención de un nivel universitario adecuado exige un sacrificio económico apreciable.

¿No se intentó disminuir otro ítem del presupuesto de la nación para favorecer a los alumnos y maestros de la educación preuniversitaria?

De hecho, parece que el gobierno no comprende íntegramente el enorme daño que sufrirá la nación en un futuro cada vez más inmediato con la falta de profesores universitarios. Numerosos han sido los llamados que se han formulado. Recuerdo el último de ellos: el Presidente

del Colegio de Ingenieros, don Rodrigo Flores, mostró con datos precisos el ininterrumpido éxodo de aquellos que ocupaban cargos de vital importancia en la formación de los futuros ingenieros. Hubo eco en “El Mercurio”, pero de las autoridades no he sabido comentario alguno.

Yo me estoy refiriendo a una situación que alcanza más profundamente al meollo de la expresión de Chile en su existencia intelectual: la continuada pérdida de maestros, de formadores de los futuros profesores universitarios.

La Universidad en Chile es un centro no sólo dedicado a la enseñanza. Ahí se realiza prácticamente toda la investigación científica que se desarrolla en el país; hay escasísimos centros que efectúan exclusivamente investigación. Ninguno de ellos estuvo presente en Jahuel, si mal no recuerdo. Valorar, por lo tanto, la labor universitaria de nuestro país por el número de alumnos, es un profundo error. Se podrían crear centros de investigación como existen en muchos otros lugares; sin embargo, eso resultaría mucho más oneroso y no sería oportuno hacerlo, aunque muchos investigadores nacionales lo están deseando desde hace algún tiempo. Además, ello perjudicaría a las universidades; no es lo mismo ser profesor que investigador. Todos saben —y los alumnos mejor que nadie— que enseñar el conocimiento que se ha contribuido a obtener es enseñar con el alma y no sólo con las cuerdas vocales. La presencia de investigadores en la Universidad facilita, en algunos jóvenes, la actualización de las capacidades potenciales que ellos puedan tener como buscadores del saber. No importa que sean pocos, importa que sean genuinos.

No nos cansaremos de hacer llamados a las autoridades del país, cualesquiera que ellas sean, a pesar de que ya se me dice “...no siges, no vale la pena, no oyes o no quieren oír”.

Joaquín Lucé

Diciembre de 1976.